

Ezequiel 36:22-28

Ezequiel 36:22-28 Pentecostés
1992 El don de Pentecostés, un
corazón nuevo

En el libro de los Hechos, San Pablo se encuentra con unas personas que han recibido el bautismo de Juan. Al preguntarles acerca del Espíritu Santo, contestaban que "Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo". Sin duda no estamos en esa misma situación. Todos confesamos "Creo en el Espíritu Santo". Sin embargo, cuando tratamos con la manera en que esta doctrina tiene aplicación específica a nuestras vidas, parecería que hay muchas áreas en las cuales no hay evidencia de que ha penetrado hondamente en nosotros el conocimiento del Espíritu Santo. Para que no sigamos en ese estado deficiente de conocimiento cristiano, meditemos esta mañana en base de nuestro texto en el don de Pentecostés, un corazón nuevo.

I. Algo de que tenemos gran necesidad.

Tenemos gran necesidad de éste don. Nuestro texto contiene muchas promesas gloriosas para el pueblo de Israel que se encontraba en el exilio, y para nosotros. Pero solamente aquél puede aplicarse las promesas y consolarse en ellas, que primeramente aplica a sí mismo las palabras que describen nuestra triste condición sin este don. Si rehusamos conocer nuestra enfermedad, aun el gran Médico divino no podrá aplicar el remedio que puede sanar nuestra condición.

A. Nuestra actividad - profanar el nombre de Dios.

Cuando Dios habla a los Hijos de Israel en su exilio en Babilonia los describe como los que han profanado el santo nombre de Dios. Dios les había escogido para ser su propio pueblo, para que con sus obras y palabras le glorificaran entre las naciones, para que las naciones alrededor, al ver a este pueblo fiel sirviendo a su Dios, también desearan la bendición de este Dios y vendrían a Israel buscándolo.

El resultado fue muy diferente. Repetidamente, Israel se apartó de Dios. En vez de enseñar a las naciones, adoptó todas las costumbres y prácticas idólatras e inmorales de las naciones alrededor. Los profetas inclusive tenían que llamar a los israelitas "cananeos" porque sus prácticas comerciales eran tan llenas de fraude y opresión como las de los cananeos que Dios había destruido delante de los Hijos de Israel a causa de sus vicios.

Como resultado, Dios tuvo que castigar a su pueblo, entregando al pueblo que él había escogido al destierro en Babilonia. En cuanto a Israel, eso reivindicaba la gloria de su nombre, porque es un Dios celoso, que visita la maldad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen. Pero entre los gentiles, la reacción fue una de blasfemar el nombre de Dios, como si fuera un Dios tan débil que no podía proteger y defender a su pueblo. Ellos vieron el exilio no como un juicio de Dios contra un pueblo infiel, sino como evidencia de que Dios era impotente para salvar.

¿Qué tal nosotros? ¿No tenemos que confesar que nosotros también somos culpables de profanar el nombre de Dios con nuestras palabras y acciones? ¿O diremos que nuestra vida cristiana ha sido tan consistente y constante que efectivamente hemos sido la luz del mundo, para que los que nos hayan visto tengan que glorificar a

nuestro Padre celestial por nuestras buenas obras? "Pueden conocer los demás que somos hijos de Dios por el amor que tenemos y demostramos unos por otros? Más bien, creo que todos tendremos que confesar que frecuentemente hemos ofendido contra el prójimo con palabras poco bondadosas, que hemos buscado nuestros propios intereses a expensas de los demás, y que hemos vivido en general como si no tuviéramos al Dios santo por nuestro Dios. Pero cuando hacemos esto hemos profanado el nombre de nuestro Dios.

B. Nuestro corazón - de piedra

En este texto, Dios mismo promete devolver a su pueblo a la tierra de Canaán. Pero poco ayudaría esto si tuvieran la misma naturaleza y disposición como antes. La tierra volvería a vomitarlos por sus ofensas e idolatría. En realidad, eran un pueblo con corazones de piedra. Entre más que los profetas les advertían y les llamaban al arrepentimiento, más endurecían sus corazones y más se rebelaron contra la voluntad de Dios. Amaban más el pecado y se entregaban a su servicio en vez de volver al Dios vivo.

¿Esto se podría aplicar a nosotros? Vemos bien cómo se aplica a los judíos de aquel entonces, y también a los judíos que rechazaron a Cristo cuando andaba entre ellos. Vemos bien cómo se aplica al mundo incrédulo que rehúsa escuchar las palabras de Dios. Pero resistimos aplicarlo a nosotros. Sin embargo, creo que el Dr. Reu en un estudio de este texto tiene la razón al decir: "El hierro es duro, pero se puede doblar; no así la piedra; puede despedazarse, pero no se doblará. ¿No es esta actitud inflexible encontrado con frecuencia entre los cristianos también, la resistencia a someterse a la voluntad y guía de Dios, murmuraciones por el camino por el cual él los lleva, egoísmo en su trato con sus compañeros, insensibles en sus tratos aun con sus amigos, listos para juzgar a otros, precipitados en hablar, así causando heridas difíciles de sanar? La piedra es dura, y también muerta; no siente ni produce nada. Con qué frecuencia ni la bondad ni la consideración de otros encuentra una respuesta adecuada en nosotros. Qué lentos estamos en responder a los caminos de gracia de Dios para con nosotros y su llamamiento al servicio desinteresado". Hay que confesarlo, en nosotros, no somos nada sino personas con corazones de piedra, y aun hoy queda en nosotros demasiado de piedra. Pero precisamente cuando reconocemos esto, este texto nos da fuertes razones para cobrar ánimo.

I I. Algo que viene de Dios

A. Motivo - Dios lo hace para glorificar su santo nombre.

Dios promete en este texto un corazón nuevo. Pero no lo hace depender de nosotros y de nuestra preparación. Entonces nunca lo tendríamos, nuestro corazón de piedra nos llevaría a rechazar todo lo que Dios desea hacer para nosotros.

Dios dice: "No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre." Dios no encuentra nada en su pueblo para motivarlo a actuar para salvarlos. Pero eso no quiere decir que todos están perdidos. Lo que Dios no encuentra en ningún hombre lo encuentra en sí mismo. Es su propia santidad, la gloria de su propio nombre lo que lo motiva. Quiere ser glorificado y reconocido como el Dios que salva poderosamente a su pueblo por su pura gracia.

Quiere ser reconocido como el Dios que salva al indigno, al "impío", como Pablo dice en Romanos. Quiere que las naciones sepan que él es Jehová, el Dios de libre y fiel amor, que cumple todas sus promesas de salvación. Con este fin actuará con Israel que sufre en su destierro en Babilonia para

devolverles a su propia tierra.

Pero esto será solamente para preparar para un día mucho más grande, el día de la venida del Espíritu Santo, en que proveerá salvación abundante.

- B. Acción - esparcir con agua purificadora
Dios promete: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré". Dios promete el día en que limpiará a su pueblo de sus inmundicias. Lo hará esparciendo sobre ellos "agua purificadora", agua que no limpia las manchas de tierra en el cuerpo, sino agua que limpia de culpa ante Dios. Aquí no podemos sino pensar en nuestro bautismo, que es un "lavamiento de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo". En el día de pentecostés, Pedro habló a la gente y les dijo "Arrepentíos, y bautícase cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados." En otro lugar dice, "Levántate, y bautízate, y lava tus pecados." El bautismo realmente es, como lo llama Reu: "el Pentecostés del alma", porque allí Dios toma a nosotros, naturalmente inmundos, y nos limpia de todo pecado por la misericordiosa acción de su Espíritu Santo.
- C. Acción - sacar corazón de piedra y dar corazón de carne. Dios en el bautismo nos declara limpios de todo pecado.
Pero es a la vez el principio de una nueva vida. Es un "nacer de nuevo de agua y el Espíritu", un "lavamiento de regeneración". Esto es retratado en nuestro texto por el profundo cambio producido por el Médico divino, una operación de verdadero trasplante de corazón: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne". No tenemos por nosotros mismos un corazón capaz de responder al amor y la guía tierna de Dios. Pero Dios mismo nos lo da. Su Espíritu nos da un corazón nuevo, tierno, flexible, dócil, que ama a su Señor y Salvador y le glorifica por su salvación.
- D. Acción - poner en nosotros su Espíritu
Pone en nosotros su Espíritu. No solamente actúa sobre nosotros, viene para habitar en nosotros. Busca entrenar y guiarnos, y fortalecer en nosotros la nueva vida que nos ha dado. Esto lo hace por medio de la instrucción en la palabra de Dios, por medio de la predicación, por medio de la Santa Cena. Busca en esta forma adelantarnos y perfeccionarnos hasta el día de Jesucristo, el día final, cuando entremos en su gloria.

III. Algo para renovar nuestras vidas

Mientras tanto, busca que demos gloria al nombre y la gracia de Dios aquí en la tierra.

A. Resultado - que guardemos sus preceptos y juicios "Y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra". De nuestra salvación, de nuestra justificación o perdón, fluirá también la santificación. Notemos otra vez que esto no se debe a nuestro esfuerzo ni a nuestra habilidad. Dios hará que andemos en sus estatutos. Es él quien nos hace guardar sus preceptos y ponerlas por obra. Lo que hay en nosotros y lo que habrá de verdadero amor para con Dios y el prójimo, lo que hay y habrá de espíritu de servicio y compasión, no procederá de nuestro corazón natural de piedra, sino del nuevo corazón de carne que Dios nos da. De modo que él será glorificado en cada obra de los que han recibido el don de su Espíritu, y Él será el que recibe todo el crédito.

Me acuerdo de una mujer cristiana que frecuentemente hacía cosas para ayudar a otros. Un día, alguien le comentó, "Tienes otra estrella para tu corona". "No," dijo ella, "No hago estas cosas para ganar nada. Cristo ya me ha ganado todo. Todo lo hago solamente para mi Salvador, para agradecerle a él". De este modo, se ensalza de principio a fin la gracia de

Dios, que no solamente nos ha salvado y perdonado, sino también nos capacita para servirlo con los dones de su Espíritu.

Si nuestra vida cristiana ha sido pobre, si ha habido más de piedra que de carne en nuestros corazones, que no nos desesperemos. Más bien pidamos a Dios que nos dé diariamente el don de su Espíritu para que crezcamos en la fe. Utilicemos fielmente los medios que Dios mismo ha ordenado para que su Espíritu venga y obre en nosotros. Busquemos su ayuda para someternos a la guía misericordiosa de su Espíritu, para que no tenga que abandonarnos con tristeza por nuestra rebelión. Seguirá entonces también el progreso deseado en nuestra vida cristiana. Y finalmente heredaremos el paraíso de Dios que tanto anhelamos. Amén.